

POEMAS DE

ENRIQUETA
OCHOA

Colección
COLORES
PRIMARIOS

COLECCIÓN
COLORES PRIMARIOS

ASOCIACIÓN ESCRITORES DE MÉXICO A.C.

COORDINACIÓN EDITORIAL
Jocelyn Pantoja

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Karlos Atl
Fernando Corona
César Cortés
Obed González
Manuel de J. Jiménez
Roberto Luviano
Yaxkin Melchy Ramos

Selección
Manuel de J. Jiménez

COLECCIÓN COLORES PRIMARIOS

Con la colección de poesía iberoamericana **Colores Primarios** la Asociación de Escritores de México A.C. archiva por tercer año el **Programa de Apoyo al lector**. Dicho programa tiene como objetivos principales fomentar el libre acceso a la lectura y promover la escritura.

PRIMERA EDICIÓN: octubre 2015

© D.R. Fondo de Cultura Económica

© D.R. de esta edición Asociación de Escritores de México A.C.

Calle 24 y Cerrada La Pirámide S/N colonia San Pedro de los
Pinos Delegación Benito Juárez CP 03800 en México Distrito
Federal.

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural y
sus libros son de distribución gratuita. Está prohibida su venta o
el lucro que se pudiera generar con la misma.

El libro *Poemas de Enriqueta Ochoa*
de la colección Colores Primarios es un proyecto realizado
gracias al apoyo del Gobierno del Distrito Federal
mediante su Secretaría de Cultura por un convenio de
colaboración firmado durante el 2015 con la Asociación de Escritores
de México A.C.

Impreso y hecho en México

SERVICIOS EDITORIALES

Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales

CUIDADO DE EDICIÓN: Jorge Varela Jiménez

DIAGRAMACIÓN: Mariana Castro

ILUSTRACIONES: Obed González

ENRIQUETA OCHOA. (Torreón, 1928-Ciudad de México, 2008) Poeta. Impartió clases de literatura en la UNAM y en la Universidad Veracruzana, entre otras instituciones. En 1950 publica su primer libro *Las urgencias de un Dios*. Posteriormente publica *Los himnos del ciego* en 1968 y diez años más tarde, aparece, *El retorno de Electra*, impulsado por lo que la autora llama una “avalancha de muerte” que arrasó con sus familiares más próximos. Entre otros galardones, recibe la Placa de Oro como Hija Predilecta de Coahuila y la Medalla de Oro Bellas Artes en 2008. Ese mismo año aparece su *Poesía reunida* por el FCE y muere a los 80 años de edad tras sufrir una trombosis intestinal.

LA CREACIÓN

Para mis nietas Alejandra, Ana Sofía y Julia Isabel

INTROITO

Primero fue la luz,
blancura incandescente,
ahora,
después de millones de siglos,
hacia la luz perfecta caminamos,
sin saberlo.

Sobre el vértigo del caos
flotaba el sueño de Dios;
de sus ojos fluían hebras de vida inagotable.
De su boca manaban rebaños de luz.
Palmo a palmo,
tejían sus manos laboriosas
los elementos, las cordilleras nocturnas,
el valle luminoso.
Su amorosa voluntad
construía reinos de luz
sobre la sal del caos.

I

Corría el año del fuego en el vientre de la Tierra;
una desordenada cadena de soles,
prestando servicios, sin descanso,
descuajados los montes,
alzaba guardia en todos los confines.
Y allí estaba la noche,
enceguecida por el resplandor,
sintiendo cómo temblaban
los ganglios oscuros de la Tierra,
mientras marejadas de nubes
que había enrojecido el fuego
por el cielo huían azoradas.

II

El fuego vino escalando punta a punta
la cordillera inmemorial del tiempo,
antes que éste fuera.
El fuego con las crines al viento
se desbocaba,
hundiendo sus cascos
en la garganta helada del espacio.
Entornaba el frío
la humedad oscura de sus párpados
y el vaho de la niebla
esmerilaba su cristal de viento,
en donde inmóviles, sin tiempo,
las manecillas del reloj mayor
marcaron su hora de eternidad.

Jadeante se ahogaba el horizonte
hasta que al fuego y al espacio
–como uno solo–, la voz se les hizo lluvia;
del estanque espacial descendió microscópico
el embrión de la vida;
criaturas de agua bajaban en desbandada
con sus pies claros y trémulos
para habitar el mundo.

III

Como cortinas de luz
escurrió cuesta abajo
ese fino cristal de las llanuras espaciales,
abriendo abrevaderos de la gracia
en donde la incandescencia se deshizo
hecha espuma de silencio inefable
y penetró la claridad hasta la última hendidura.

IV

Con suavidad
se aposentó la luz,
mientras enloquecido giraban sobre su eje
el gas, los elementos, el polvo cósmico,
solidificando la faz del universo.

V

El corazón de los primeros días
tenía ese dulzor astringente y ácido
del membrillo temprano.

La creación extasiada enredaba su música en la tez de un espejo.
¡Oh certeza del alba!

Hora deslumbrada en que se desborda el misterio,
se agrupa la molécula
y la célula es
y a imagen y semejanza del amor
se inicia y se multiplica la vida,
sin romper esa fuente de equilibrio
que es el orden perfecto.

VI

Embriagado de polen,
desmadejó el viento su melena.
Una multitud de simiente
penetró en los labios de la Tierra;
luego vino asomado la primavera
tímida,

 inicial,
 pequeña.

VII

Vagaba en el aire un aroma intenso
de humedad vegetal;

desde los intersticios de la Tierra
ascendía el aliento vital
y el agua desnudaba su transparencia ávida,
sacudiéndose como de un largo sueño.
Al final, la vida era.
Rugían los inmensos ríos primordiales
bajo el espeso follaje que se batía en las alturas.
A lo lejos
se alzaba la descomunal nevadura de montañas,
sus acerados tajos
y las profundas gargantas de la Tierra.
Las hamacas del viento acunaban
en una cesta tejida de relámpagos sonámbulos
las gigantes especies en su robusta plenitud:
los monstruos marinos,
los dinosaurios arrugando la tierra
con su peso pardo y poderoso,
los agudos ofidios
perforando los faldones del aire,
conduciéndose
bajo las verdes frondas de una naturaleza pródiga.
Palpitaba en oleadas la selva luminosa.

VIII

Pero un día,
una ristra de soles
abrió consejo fijo a la mitad del llano,
plantó su poderío:
cubrió de un seco amarillo la existencia
y sobrevino la hora oscura de la devastación.

Deshebrándose,
huyó poco a poco el agua en agónicas corrientes
y se escondió en un bolsillo sideral del tiempo,
mientras barría el viento huracanado
el polvo en las llanuras.

Amargas grietas
abrió en su convulsión la fiebre,
desquebrajando el seno de la tierra,
cubierto de osamentas calcinadas.
Era el estremecimiento,
el pavor cósmico de la muerte.
Se dio paso al estrago;
sólo el hielo
mantuvo su dignidad, su brasa fresca,
pequeña y solitaria en el retiro polar,
para expandirse más tarde sobre la superficie
y sobrevivir en los tiempos venideros.

IX

En la bolsa de la Creación, en su agua profunda,
el verbo se hizo luz.
Dormía el hombre acorde con su grito,
su desnudez, el gesto de su cara.
Acorde, como causa común que se respeta y ama.
Nada le despertaba,
nada desmoronaba su armonía.
Había caído sobre él
el oro seco de las hojas en tantas noches de otoño;
la luz brumosa azul, salpicada de polen,
se había derramado por su piel

en tantas primaveras;
su sangre erizada como copos de luna
bajo la escarcha en las ventiscas
de inúmeros inviernos,
y más de una vez saltó en su entraña
el resorte del sueño
al entrar, empapados,
por las ventanas del viento, los veranos,
mientras, a lo lejos, los truenos retumbaban
persiguiendo su propia cólera
en un galope ininterrumpido.

X

Pero en el pajar del mundo
empezaba a anidar el tiempo;
la vida tendía puentes presurosos
para atar a la eternidad
con los hilos periódicos de un ciclo
y otro ciclo,
dictados en todas las nuevas especies de la Tierra.

XI

Un día equis,
una mañana al azar,
el hombre se dispuso a irrumpir,
avanzaba,
travesía penosa, por el estrecho túnel de sí mismo.
Su rijosa cabeza de animal entumecido

levantaba olas de luz azafrán en el espacio.
Era el hombre... el hombre,
gusanito desollado que se retuerce ahora
en su desierto de sal.
El hombre, a quien la muerte
espera siempre en la otra orilla.
Todo ser, todo objeto
tiene su muerte propia que le espera
y su propia resurrección.
Pero él rompió los diques últimos
y en medio de una conmoción de astros
llegó el alumbramiento.
Navegaba en el aire
un olor a nido y retoño concentrado;
desde las altas cumbres hasta el último abismo,
hedió el grito del hombre partido en dos mitades
y desde entonces
guardó su señorío el ciervo en la montaña
y a sus plantas
durmió la cierva un sueño sumiso y sin cautela.

XII

Cronos talaba con su rodaja de cristal
el ramaje de algún astro en vejez;
desbarraba alguna ruta cósmica, cansada.
Todo lo que llegaba a su punto exacto de transformación.
Cronos talaba también el bosque de los días.
A salto de mata había corrido el hombre por los siglos:
su protorigen, su etapa anfibia,
su paso cuadrúpedo.

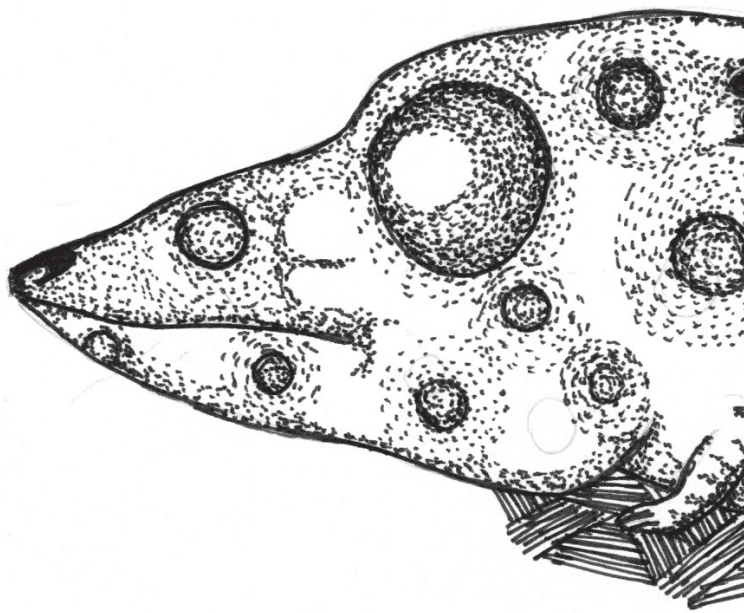
Ahora estaba en pie, agudizados los sentidos,
aligerada la mano:
nervio de pájaro desperezándose,
apuntando el vuelo al centro de la recreación.
Allí se suscitó el asombro y la destreza.
Y la naturaleza entera, en su generosidad
le fue propicia.

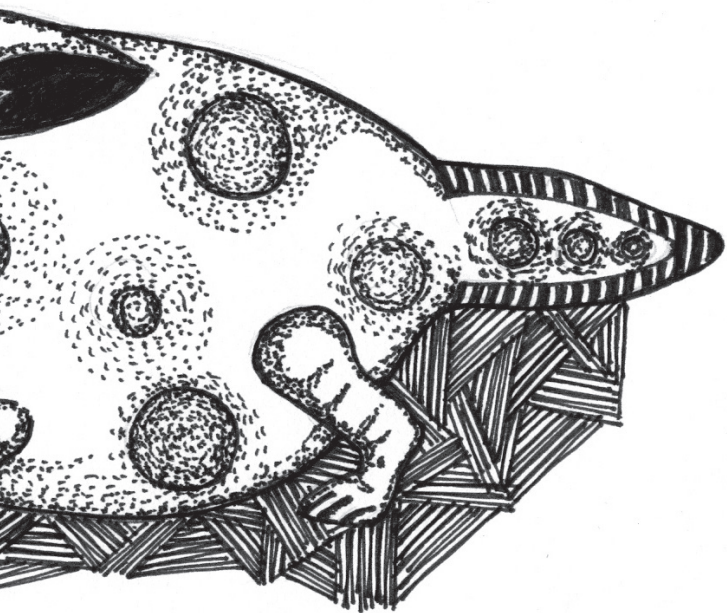
XIII

Quizá fue en alguna tormenta de rayos
que consumió la selva,
o algún inocente juego de pedernales,
en lo que disipaba su tiempo el hombre,
como el azar,
comprometió la dignidad de su linaje Prometeo,
participándonos las dádivas del fuego.

XIV

Aglutinarse es sobrevivir,
lo dijeron el instinto, el amor la naturaleza misma,
y el hombre comió de un mismo pan,
compartió una misma fronda,
después de un mismo techo.
El panal de la paz destilaba su miel en abundancia
y olfateaba el hombre, unido, su sustento.





XV

Luzbel era espejo de gracia y hermosura.
Luzbel era verde jardín de luz adolescente.
Un día, al alba,
sintió galopar dentro de sí un mar sediento
desquebrajándose
contra las costas radiantes de su fuerza;
propenso a la ambición,
cayó a la sima de su propio vértigo,
arrastrando en su cauda ángeles sin número.
La espada del Señor hizo girar
su filo de energía
y fue el origen del clamor mortal.
Vacilando, tropezando, se tambaleaba Luzbel
entre su patria de luz
y el ciego desfiladero de obcecada soberbia.
Conturbaba la gota del espíritu,
desbarrancó su peso hacia el vacío,
seguido de los suyos;
fue resplandor huidizo, resbalado
por la brecha de desamor del universo,
astillado el fulgor,
deshecha la esperanza;
cayó sobre el pasto dulce de sus ojos,
la noche.
Y dolido de amor,
clavó al Señor esa vibrante espada
en el centro intocable
del anhelado paraíso.
Luzbel, de pie en la tierra,
somos tú y yo, nosotros,

el hombre sin memoria
que duerme perdido en su propio remolino.

XVI

Debió ser próspero el tiempo
y ser de noche
cuando la codicia entró en el hombre
a descoyuntar sus huesos,
a hervir su hiel en los ríos de la sangre,
porque la discordia entronizó su triunfo
y el hermano no fue más el hermano.
Largamente lloró Dios
el destino sin brújula de sus rebaños,
en la oscuridad desperdigados,
y tuvo pena de esos hilos:
luminosa urdimbre
arrancada a su diáfana conciencia.
Peces en el torbellino
que ávidos ascienden y descienden
en desesperado intento
por enchufar en la fuente energética,
en el primigenio tablero celeste
de donde fueron desprendidos
y vagan ahora ausentes, en un abismo aciago.
Desde entonces, gambusino de amor,
sondea Dios el espacio
y rescata una semilla y otra
de la veloz corriente de los siglos.

XVII

Abel y Caín, las dos mitades del hombre,
erraban sobre las primeras tierras guardadas por palomas.
El cabello de Abel era lluvia de trigo enardecido
cayendo sobre el reposo
de dos aguas tranquilas.
Alucinando entre el dulce caramillo
y el quieto balar de las ovejas,
Abel tuvo la aprobación del Señor
y la posible preferencia de Eva.
Caín, agrio el rostro, azotado por los vientos,
ojos de tempestad, estirpe oscura,
salió a segar con su hoz por los trigales;
la cabeza de Abel segó con prisa,
turbado de despecho.
Sobre él la maldición cayó
y sin embargo, una mujer había
y Caín, Edipo errante,
tuvo de ahí su descendencia.

XVIII

Una columna de embriones diferentes
descendió para poblar la Tierra,
dejó huellas de gigantes.
De algún modo marcó la piel de la memoria,
se transformó en río mitológico.
Por aquellos tiempos,
resplandecían doradas las colinas;
bajo un centro de equidad convivían los hombres,

espesa era la leche,
moreno y abundante el pan,
hospitalaria y pródiga la Tierra;
por ese tiempo, los ángeles
cohabitaron con las hijas de los hombres
y se distorsionó la raza,
poblaron los gigantes la Tierra.
Todo el misterio de las moles geométricas
y los grandes principios
ahí tuvo lugar.

XIX

Para morir vuelve el pez contra corriente
al sitio de su origen.
Olfatea el hombre el hogar de sus raíces,
así quiso volver a su redil seguro,
a su propia estatura.
No proliferó en su medida la sangre de los dioses,
sólo quedó, inscrito en la leyenda,
como un juguete salido del canal de los sueños,
el gigante,
venido, hijo de Dios, desde otras galaxias.

XX

Aquí hubo dos ciudades:
sus llamas de lujuria ascendían
lamiendo al viento.
Desmelenadas en el oleaje del exceso,

perdieron al azar su centro luminoso.
Aquí hubo dos ciudades
que cegadas por un rayo,
girando en su hongo de luz violeta,
se desvanecieron:
Sodoma y Gomorra.
Pagaste el tributo del que rompe, sin freno,
la unidad del hombre.
Hoy sopla sobre tus arenas
un viento sobrecogedor
que deshilacha la esperanza y huye.

XXI

Aquí hubo dos ciudades
de donde Lot fue rescatado,
tocado oportunamente.
De su mujer se apoderó la noche
cuando la curiosidad
tiró las riendas de su rostro marcha atrás.
Todo el que vuelve los ojos al pasado, se petrifica.
Aguijoneado por la desolación,
huyó Lot con sus hijas,
haciendo de una cueva su guarida
y alzó el mundo y su existencia.

XXII

Dobladas sobre el brocal del pozo de su cuerpo,
padecían las dos hijas de Lot

su destino de amapolas sedientas.
Cierta día, con suavidad felina,
penetraron al lecho de su padre
y largamente reverdeció su descendencia.
Era el tiempo inicial:
nacía Electra
y quizá en el equilibrio de la procreación
no roía el incesto en la conciencia.

XXIII

Hubo un tiempo
en que la palabra fue miel veraz, infinita colmena,
sin el látigo límite del sonido.
Desde su esfera en la mente,
trasmitía entre los hombres su mensaje
íntegro y radiante
creciéndolos en poder y armonía,
pero un día, asomó la soberbia
con su nariz de pica
Torre de Babel.
Se quebró el equilibrio de la esfera parlante.
Desmesurados,
abrió el hombre los ojos
al asistir a un nuevo nacimiento:
el nacimiento de cristal en la palabra.

EL CANTO

Para don Antonio Castro Leal

No es el hambre en la piel
lo que mi grito ensancha,
ni la embriaguez del rastro luminoso
que sobreviva al canto entre laureles.
Es la sed en la hondura que no me pertenece.
El misterio continuo que no alcanzo.

A veces los sentidos se alebrestan
por una escala enigmática, fuera de la carne,
y duele la lágrima de un niño
que llora en cualquier parte del mundo.

Duele el rostro caído de algún hombre,
que desorbitado de dolor, vacila
al filo de la muerte.

Levanta en bríos, la furia de los cuerpos
que en algún sitio se unen
y hacen volar las vértebras de cuajo
incendiando la noche.

Conmueve la oración de un justo
que se alza en éxtasis
siguiendo el rastro de los ángeles.
Sí, duele todo, como en vivo afluyente

se vaciara al pecho, el mundo, colmándose.
Y es entonces,
cuando sin saber por qué,
mi lengua se dilata y canta.

MARIANNE

Después de leer tantas cosas eruditas
estoy cansada, hija,
por no tener los pies más fuertes
y más duro el riñón
para andar los caminos que me faltan.
Perdona este reniego pasajero
al no encontrar mi ubicación precisa,
y pasarme el insomnio acodada en la ventana
cuando la lluvia cae,
pensando en la rabia que muerde
la relación del hombre con el hombre;
ahondando el túnel, cada vez más estrecho,
de esta soledad, en sí, un poco la muerte anticipada.
Qué bueno que naciste con la cabeza en su sitio,
que no se te achica la palabra en el miedo,
que me has visto morir en mí misma cada instante
buscando a Dios, al hombre, al milagro.

Tú sabes que nacimos desnudos, en total desamparo
y no te importa,
ni te sorprende el nudo de sombra que descubres.
Todo se muere a tiempo y se llora a retazos,
has dicho,
sin embargo, es azul de cristal tu mirada
y te amanece fresca el agua del corazón;

quitas fácil el hollín que pone el hombre sobre las cosas,
y entiendes en tu propio dolor al mundo,
porque ya sabes
que sobre todos los ojos de la Tierra,
algún día, sin remedio, llueve.

RETRATO EN SEPIA

Obediente a la voz cósmica, agrio el destino,
yo fui levantada en torbellino de lamentos.
Yo fui la piedra de escándalo:
contra mí se reventaron las lágrimas
de todos mis hermanos. Yo fui
la piedra que tiritó en la puerta
y en los patios de las casas,
sin acceso al hogar que aglutina a los hombres.
La piedra con la que los otros tropezaban,
encendidos de vergüenza.
La piedra del destierro,
la que debió perderse en el fondo del légamo;
el labio sumergido en la hiel;
el receptáculo del sacrificio
en donde vaciaron la indiferencia, la cólera, el despecho.
Yo el perro sin dueño, rastreando compañía,
con la cabeza gacha, abatido de soledad.
Cuando me vaya
no querré aullar,
cojeando por los mismos caminos.
Quiero dispararme como flecha
hacia la dimensión que corresponda.

A mitad de la borrasca de este tiempo
debí hacer cantar al pájaro ciego en mi garganta,

sola, sobrecogida por el relámpago y el trueno,
calada hasta los huesos, bajo la tormenta.
Canté y canté, bebiéndome las lágrimas.
Sin ti, Marianne,
se me habrían enlutado, sin amor, los caminos.

LA TRAVESÍA

Marianne:
sobreviene el silencio en la llanura,
en la soledad acampamos...
Hasta aquí hemos venido perseguidas
por la hoz del escarnio.

La noche avanza
en el centro del agua desnuda de los astros,
tiembla.

Una manada de hienas vehementes merodea los contornos
olfateando en el aire la muerte.
Para ahuyentarla, arde una hoguera:
mi corazón,
aposentado del fuego,
lugar donde naciste.

ÍNDICE

La creación	11
El canto	24
Marianne	26
Retrato en sepia	28
La travesía	30

5 
ANIVERSARIO
1965-2015

Se terminó de imprimir en octubre de 2015 en los talleres de
Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales S.C.
Av. Universidad 1815 C. 205
Oxtopulco, Coyoacán.